

Dossier: Poesía, armonía y conflictos: ayer y hoy



Nos matamos por pereza. Sobre poesía y guerra

Jorge Gimeno
Poeta e investigador independiente, España

jorgegimeno13@yahoo.es

<https://orcid.org/0000-0002-1537-8757>

Resumen: El artículo plantea una crítica de las nociones tradicionales de paz y guerra, así como de la noción misma de poesía. Analiza la estructura de guerra que preside el orden civil y sus proyecciones económicas, metafísicas y hasta poéticas. Redefine la función de la poesía, en un intento de superar el mero juego cultural, restableciendo su función unitiva.

Palabras clave: guerra paz y poesía; poesía y compromiso; poesía y pobreza; función de la poesía; poesía y ética

We kill each other for laziness. On poetry and war

Abstract: This paper proposes a critic of the traditional notions of peace and war, as well as the very concept of poetry. It analyses the war structure that presides over the civil order and its economic, metaphysical and even poetic dimensions. It is redefined the function of poetry in an attempt to overcome the mere cultural game by restoring its unitive function.

Key words: war, peace and poetry; poetry and commitment; poetry and poverty; the function of poetry; poetry and ethics



Dossier: Poesía, armonía y conflictos: ayer y hoy

“Y un penetrante grito de guerra se alzó de cada bando”
Ilíada

“Al instante sonaron por todos lados caracolas, clarines, tambores, trompetas,
cuernos, produciendo un estruendo aterrador”

Bhagavad Gita

“Siempre se oye un espantoso ruido”

Hojas de hierba

1

Guerra y paz son dos conceptos que, a estas alturas de la historia, se han difuminado. A no ser que una bomba te caiga encima: entonces sabrás que estás en la cara dura de la guerra. Mientras, puedes seguir viviendo cómodamente en la cara blanda, la que está en la parte del mundo que se llama a sí misma “el mundo”, y que se sostiene, por fuerza, en la cara dura, donde las bombas caen con la digitación de un grandioso pianista, que no yerra una nota.

Esto es lo primero: la paz de que gozas cada noche es la guerra en que viven los lacayos del mundo: los iraquíes, los sirios, los yemeníes, los mexicanos, los venezolanos.

Nos creemos que la paz somos nosotros y la guerra son los demás, pero no, la guerra somos nosotros, en primera persona. En un estado de cosas de dominación global, no hay guerras que no sean de Occidente, el Sócrates de las guerras. Las guerras del mundo son, mal que nos pese, las guerras por “nuestro mundo”, que vende principios y roba recursos, conocimientos, tierras y vidas. España 1936 fue la guerra del mundo. Siria hoy es la guerra del mundo. No hay guerra que no seamos nosotros, los erguidos representantes de la conciencia



Dossier: Poesía, armonía y conflictos: ayer y hoy

3

ilustrada, en cuyo nombre mueren nuestros inferiores, a los que hacemos deficientemente ilustrados.

Guerra y paz son dos conceptos ya gemelos, pero que aún no gozan de una historia conjunta. La historia de la paz va por una parte y la de la guerra por otra.

Es célebre el postulado de Clausewitz de que “la guerra no es sino la continuación de la política por otros medios”. Este *dictum* decimonónico, uno de esos refinados artefactos que, so pretexto de lo contrario, sirven para bloquear la acción y el pensamiento, ha sido el padre de muchos males. Foucault, sabiamente, en su curso del Collège de France de 1976, lo invirtió dejándolo en su cruda desnudez: “La política es la continuación de la guerra por otros medios”. Esto, que parece tan traumático leído desde Europa, donde la política es política democrática y la democracia ante todo es dogma, significa dos cosas: tanto la prosecución y santificación de los frutos de la guerra, como el más espiritual sometimiento del individuo “filosófico” a un esquema binario de la realidad, deudor de una estructura de guerra. Uno y otro son el sostén del más burdo e imprescindible sometimiento de todo, individuos e instituciones, a la guerra cotidiana. Eso en el supuesto de que los individuos sigan existiendo, y de que aceptemos llamar instituciones a los consejos de administración.

Hoy el estado “natural” de conocimiento y reconocimiento del ser humano es la guerra, ya se trate de la guerra *tout court* o, sobre todo, de la institucional y empresarial de las democracias “avanzadas”. Los titulares de la norma tienen derecho a hacer la guerra. El universo es un campo de batalla, y se coloniza con el mismo desparpajo a los palestinos que el espacio, al que luego se puede enviar a los palestinos, como ha sugerido humorísticamente Larissa Sansour en su corto *A Space Exodus*.

Desde la racionalización ilustrada, la estructura del mundo es una estructura de guerra, binaria, dual, encaminada al exterminio de aquello que



Dossier: Poesía, armonía y conflictos: ayer y hoy

4

infecta “nuestro mundo”: lo que amenaza mi país, mi clase, mi negocio, mis conocimientos, mi formación. La estructura misma de la democracia empresarial es una estructura de guerra, en esencia fordiana, en la que todos tenemos nuestra pequeña parte y el beneficio es, teóricamente, de todos. Pero no es así. El control de la guerra lo tienen los patrones de la norma, mientras que el obrero de la guerra, que somos todos nosotros, a la vez la obra y la padece, si bien en grados distintos según el emplazamiento militar que ocupa. “El orden civil es un orden de batalla”, dijo Foucault en el mismo curso de 1976. Lo que llamamos nuestra política cotidiana es una demostración de guerra. Hoy la paz es la guerra por todos los medios. La guerra entendida como falta de libertad radical, fabricada, no como un abuso circunstancial que rompe el contrato ilustrado. Hoy la guerra es la guerra en el orden civil. De forma que cuando sales de casa puedes gritar: “¡La paz es la guerra!”. La guerra total, en todos los frentes, es el estado actual de la paz: guerra ideológica, financiera, laboral, económica, mediática.

La guerra en la paz tiene nombres: Europa, pobreza, desigualdad de la mujer, xenofobia/islamofobia, déficit democrático. Si no eres pobre o no eres mujer o musulmán, vives en un privilegiado refugio de la guerra, adonde a veces llegan cajas de champán. La guerra llamada “pobreza” o la guerra llamada “desigualdad de las mujeres”, o la guerra llamada “islamofobia”, no te alcanzan, más bien las obras. Destrucción de las instituciones, mengua de la soberanía, insolidaridad, son otras de las formas de la guerra.

En este sentido el poeta actual es un poeta de la guerra tanto como Wilfred Owen en la Primera Guerra Mundial, Miguel Hernández en la Guerra de España o Mahmud Darwish en la defensa de Palestina. “My subject is War, and the pity of War. / The Poetry is in the pity”, escribió Owen. La poesía está en la compasión y el tema de la poesía es la guerra vista compasivamente, que hoy es ya la realidad misma de las democracias avanzadas y del submundo que ellas arriendan.



Dossier: Poesía, armonía y conflictos: ayer y hoy

5

Mucho antes, Whitman captó el sentido de todo esto, la necesidad de que cualquier poética moderna se entregue al sentido total, también político, del hombre: “Yo también canto la guerra, una guerra más larga y grande que cualquier otra”. Así, podría concluirse que el poeta verdadero es hoy, aunque solo lo sea por compasión, pobre y mujer. Si la poesía no es un refuerzo del *statu quo*, el poeta es pobre y es mujer. Es una musulmana pobre. Una rohingya, por ejemplo.

2

¿Por qué somos lo que quieren que seamos? Porque no somos capaces de ser nosotros mismos. Porque no nos tomamos en serio y no nos respetamos. Porque aceptamos estar desplazados en el lugar en que estamos. De modo que, poco a poco, “la pereza nos corroe hasta que acaba lanzándonos a luchar los unos contra los otros”, dicho en palabras de Shunryu Suzuki. Nosotros, que no nos conocemos, buscamos la forma de conocernos fuera de nosotros. Y la pereza, que es más diestra que la muerte, acepta conocernos, nos compra lo que vendemos y se consagra en nosotros. Le entregamos la llave de lo que íbamos a ser y el último capítulo de nuestra sombra.

La pereza es el punto de intersección entre la paz y la guerra, el lugar donde se resuelve la existencia. La pereza es lo que llamamos, con indisimulada intrascendencia, vida corriente. El gozne sin puerta que da paso a la barbarie. La pereza es el origen de la vida disgregada que es el origen de la guerra. Si el ser humano fuera diligente, no habría guerras. Si el ser humano estuviera unido, a sí, a las cosas, no adoraría la separación y la guerra. Estar unido es no adorar a los seres y su falsedad metafísica, sino las cosas y lo inmediato. Si algo ocurre, es porque es híbrido. Todo se da en lo fenomenológico y no hay nada fuera de lo fenomenológico. De las falsedades metafísicas solo pueden derivarse falsedades



Dossier: Poesía, armonía y conflictos: ayer y hoy

6

políticas, como confundir a Asad con el defensor del pueblo sirio, o las penurias de una mapuche con las del ciudadano europeo.

Aunque pueda parecerlo, la pereza no es lo contrario de la laboriosidad inútil que rige la vida contemporánea y nos priva de la seriedad de estar con las cosas, entendidas como realidad verdadera, sin proyecciones deístas ni existenciales. El productivo hacer es pereza. El productivo ser es pereza. El productivo estar es pereza. La proliferación del ego es pereza. Por el contrario, la diligencia es la acción justa, la realidad verdadera, la cosa entre las cosas. En resumidas cuentas, la acción sin ego. Y ese es precisamente el empeño de la poesía, que seamos diligentes y actuemos sin ego. Otra cosa es que lo logre, porque también ella se enfrenta a numerosas dificultades, no son pocas las cosas que se conjuran para que un poema no sea escrito. La gran poesía lo logra, propicia un estado de disponibilidad ante lo real que hace posibles las cosas como son, en su ausencia de lucha, como pura manifestación, pues las cosas no luchan entre sí, a lo sumo viven en la colisión caótica propia del orden natural, no en la lucha reglada del orden socioeconómico, que se salda como ya conocemos.

Transitiva e intransitiva, la poesía restablece. ¿El qué? La unión en la disgregación. Una totalidad disforme. La poesía ve junto lo separado, lo uno en lo múltiple y lo múltiple en lo uno. Pero no por arte de magia, por unos poderes miríficos, sino yendo hacia lo real, que es el lugar sin ego. La poesía surge donde el ego no comparece. Si hay un orden, no es binario. Si hay una política, no es dual. Si hay una metafísica, no es articulable ni racional. Incluso las más crudas poéticas sobre la guerra y sus horrores, son unitivas, iluminadas, basta pensar en el *Guernica* de Picasso o en *Los desastres de la guerra* de Goya.

Si la poesía restaura es porque muestra las cosas al margen de las divisiones histórica, ontológica, económica, aunque sin negarlas. La flor, aunque la pise Napoleón, solo se relaciona con la bota.



Dossier: Poesía, armonía y conflictos: ayer y hoy



Nada se opone tanto a la poesía entendida como tao, como principio rector y naturaleza de lo que existe, que la guerra, entendida como estado radical de división y creencia en ídolos políticos y metafísicos, que destruye el orden natural con sus cielos ulcerosos. “Cuando en el mundo hay tao, los caballos de guerra acarrearán estiércol”, dice el *Tao Te Ching*. Caballos de guerra son todos los sujetos argumentales o sujetos de codicia, que carecen de la destreza de tomar el “fruto sin forzar”. Lo que no fluye y no se acomoda en el fluir es discurso de la codicia, y no hay discurso de la codicia que no engendre un discurso de guerra.

No anda lejos tampoco de la función instauradora de la poesía la noción de aura de Walter Benjamin, uno de los autores más citados y peor leídos de nuestro tiempo. Benjamin definía el aura como “la irrepetible aparición de una lejanía, por cerca que esté”. O dicho sin melancolía: el cese de la lejanía/cercanía, el surgimiento de lo cercalejano o lo lejoscercano. El aura, o captación poética de lo real, no es otra cosa que el justo estar de las cosas, en el cual se hallan comprendidos los llamados “seres”. Es esa aparición, un haber donde no había, una silueta nítida donde estaba lo romo, el peldaño distintivo del sentido, la carga cognitiva que contrae el nervio vago y nos dice que algo es verdadero. “No soy orgulloso”, escribía Whitman, “tan sólo estoy en mi sitio... lo palpable está en su sitio, y lo impalpable también”.

Pero no todo es tan bello. A menudo erramos cuando hablamos de la poesía, pues lo más usual es referirse a ella entendiéndola como juego cultural, como juego de los cultos o arte de leer poemas que solo sirve, tras muchas vueltas, para seguir leyendo poemas.

En una sociedad en la que todo está tipificado, reglamentado, la poesía también. La poesía hoy sirve a los intereses del orden de cosas, es decir, es una máquina de guerra cultural que a la postre normaliza aberraciones éticas como la pobreza, la desigualdad de la mujer o la discriminación de los sujetos racializados. Pero la poesía, en su plena realización, tiene la obligación, incluso la inclinación



Dossier: Poesía, armonía y conflictos: ayer y hoy

8

natural, de sustraerse a ello. La poesía siempre ha de hacer un esfuerzo sobrehumano por sustraerse a la cultura, de la que inevitablemente forma parte, y cuyas dinámicas caminan peligrosamente por senderos no unitivos, sobre todo si esa cultura, cosa que hoy parece no poder ser de otro modo, es una cultura de guerra, que desemboca sin remisión en lo que Goya llamó “las camas de la muerte”.

La poesía no puede ser, en ningún caso, una institución al servicio de la guerra que en todos sus frentes, vanguardia y retaguardia, vive el mundo. Si quiere responder a sus obligaciones, ha de olvidarse un poco del ciudadano, en nombre del cual se cometen demasiados crímenes, e ir en busca de una solución para el ser humano, al que han traicionado las élites políticas, económicas, pero también las intelectuales, y con ellas la poesía misma. La poesía nunca es inocente. Si algo puede decirse de ella es que satisface, o que ha de hacerlo, la deseable infracción del modelo de conformidad social descrita por Malinowski, sin la cual las sociedades se atrofian. Porque ¿cuál es la función de la poesía, estabular cultura o salvar al ser humano?

Bibliografía:

Anónimo (1997). *Bhagavad Gita. Con los comentarios advaita de Sankara*. Ed. C. Martín. Madrid: Trotta.

Benjamin, W. (2004). *Sobre la fotografía*. Trad. J. Muñoz Millanes. Valencia: Pre-Textos.

Foucault, M. (1997). *Il faut défendre la société. Cours au Collège de France (1975-1976)*. París: EHESS-Gallimard-Seuil.

Homero (2010). *Ilíada*. Ed. O. Martínez García. Madrid: Alianza.

Lao Tse (2015). *Tao Te Ching. Los libros del Tao*. Ed. I. Preciado Idoeta. Madrid: Trotta.



Dossier: Poesía, armonía y conflictos: ayer y hoy

Owen, W. (2015). *Poesía completa*. Ed. A. Linares Familiar. Ourense: Linteo.

Sansour, L. (Directora) (2011). *A Space Exodus*. Recuperado de <https://vimeo.com/21372138>

Suzuki, S. (2003). *Not Always So. Practicing the True Spirit of Zen*. Ed. E. E. Brown. Nueva York: Quill.

Whitman, W. (2017). *Obra escogida*. Intro. E. Dobry; trad. C. Zardoya. Barcelona: Penguin Clásicos.

